

3. LA CHILANGUIDAD

“Como prueba de que las cosas marchaban por buen camino, y buscando arrebatarse a Hidalgo la bandera de libertador de los oprimidos, el 5 de octubre de 1810 el virrey hizo público un decreto de las Cortes en el que se abolían los tributos personales. A las clases bajas se les decía además que Hidalgo solo deseaba emplearlos como carne de cañón y procuraba que fueran exterminados para así poder decretar la libertad de creencias bonapartista. El lavado de cerebros tuvo un éxito clamoroso. Infinidad de indígenas, entre los que destacaban los patéticos tlaxcaltecas, reafirmaron su fidelidad al virrey. Las pequeñas partidas de agitadores que enviaba Hidalgo eran recibidas invariablemente con hostilidad. El cura tuvo que convencerse de que se había equivocado al pensar que los capitalinos en masa se levantarían para apoyar el movimiento”

NAIPES DE POLVO página 30

Era lógico, toda vez que el capitalino mexicano –el chilango- es descendiente directo de la forma de combatir y las costumbres de siervos llegados con el séquito del virrey a la capital de la Nueva España sin más tarea que ser amanuense –súbdito- de un amo sin proyecto de nación en su comisión, apenas el de administrar la explotación de una colonia. No es de extrañar, pues, que el movimiento original de la Independencia abortara ahí. Lo que siguió fue poco menos de un córrele-que-te-alcanzo que de no haber sido lo trágico que resultó, hubiera sido la primera ópera bufa –opus prima- de las muchas que se representaron en la historia de México a lo largo del siglo XIX.

Lo rescatable de aquellos días “como de ojos recién desenterrados”, es haber logrado –como bien lo analiza Octavio Paz- que al estático aparato colonial le aparecieran grietas que el tiempo confirmaría como un principio de fusión de dos mundos que cobró considerable celeridad cien años después con la Revolución que acabó con el feudalismo y propició la movilidad social *hasta cierto punto*, toda vez que racismo, clasismo, intolerancia, mentira, inequidad, injusticia, ignorancia, cinismo, hipocresía, corrupción y demás lindezas siguen campeando libres y saludables por el lado más oscuro –de reconocido prestigio internacional- de México que está entre los países con los más altos índices de criminalidad mundial.

El paso al frente por Hidalgo desató *una* de las identidades que habitan el territorio nacional, la del mexicano que ensaya Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*, quien con notorio provincianismo creyó abarcar toda la población asentada entre los ríos Bravo y Usumacinta. Su perspectiva es la del descendiente de amanuense criollo: un “gutierrezitos” del máximo nivel. Carecía de la experiencia vivencial del poblador de *tierra adentro* –el norte- y los del sureste y sur de Xochimilco. No percibió la diferencia anímica y racial, la profundidad instintiva que existe entre el norteño, el yucateco o el de la costa de Guerrero con el hacinado en la comarca ubicada entre Azcapotzalco, Milpa Alta, Tláhuac y Cuajimalpa. Miopía, petulancia y provincianismo del Nobel.

El Laberinto de la Soledad es un notable ensayo sobre la *chilanguidad*, uno de los componentes de la mexicanidad. Es un buen principio como bosquejo integral de ella, que encuentra sus límites en el propio ánimo racial y profundidad instintiva –urbana, europeizante, bibliotecaria, burguesa- del autor que lo delatan como revolucionario *de poltrona*. Paz, como gurú de ese estrato petulante de los medios chilangos, era feligrés de la iglesia de la *rive gauche* de París, la Luz del Mundo Intelectual Latino.

¿Sabría que el medio no determina pero conforma?

¿Habrá cambiado alguna vez una llanta pinchada?

Sería interesante hacerles las mismas preguntas a los referidos autoproclamados “líderes de opinión” de la Glan Chilangostlán.